

Paulette Patout

**Francia en
Alfonso Reyes**



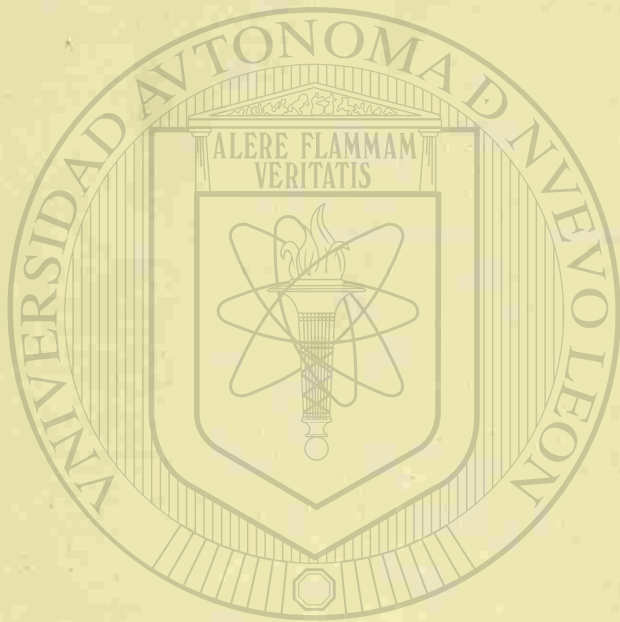
297
86
1

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

PQ 7 297
.R3 B6
1831
C. 1



1080050217



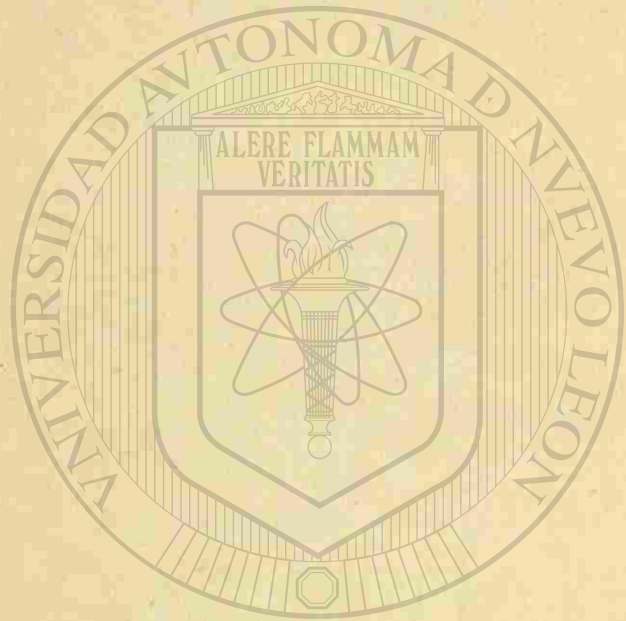
UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Francia en Alfonso Reyes



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Paulette Patout

Francia en
Alfonso Reyes

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



FORMULARIO DE PRESTAMOS



®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria
Monterrey, México
1985

PQ7297

.R386

Z831



Biblioteca Central
Magna Solidaridad
UNIVERSITARIO

Patout, Paulette.

Francia en Alfonso Reyes / por Paulette Patout.
Monterrey, N.L.: U.A.N.L., Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria, c1985.
52 p.

I. REYES, ALFONSO, 1889-1959-CRITICA E
INTERPRETACION. I.t.

PQ7297.R386 / Z8

M860.9'72 / P313f

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Primera edición: 1985

D.R. © 1985. Universidad Autónoma de Nuevo León
Cd. Universitaria. Monterrey, N.L., México

Impreso y hecho en México.
Printed and made in Mexico.

Nota previa

La celebración del Festival Alfonsino en Monterrey —en recuerdo del nacimiento de Alfonso Reyes (17 de mayo)— ha sido cada vez más relevante.

En el programa de cada año han figurado diversos especialistas, estudiosos de la figura del ilustre escritor. La destacada escritora francesa Paulette Patout, al intervenir en el V Festival, en 1981, presentó tres conferencias que constituyeron, indudablemente, unos de los actos académicos más importantes.

Residente en Toulouse, en Francia, cuando la Dra. Patout contestó a la invitación de la Universidad de Nuevo León, dijo que aceptaba “conmovida y con inmensa alegría. Conocer a Monterrey, visitar los recuerdos alfonsinos... es un verdadero sueño”. Expresó, además, en su carta, su “profunda satisfacción a la idea de ser regiomontana por algunos días”. Y es que, en realidad, la distinguida investigadora conoce y siente a Alfonso Reyes porque ha profundizado en el análisis de su obra.

Nacida en Sète (Herault), inició sus estudios profesionales en Montpellier. Obtuvo allí la licenciatura en español y portugués, graduándose con un estudio sobre Federico García Lorca. Pasó luego al Instituto de Estudios Hispánicos, en la Sorbona, de París, dirigidos entonces por Marcel Bataillon.

Obtenidos otros grados académicos, ha ejercido su labor docente y de investigación en diversas instituciones universitarias. Desde 1967 enseña en la Universidad de Toulouse. Viajó en 1968 y 1972 a México, Argentina y Brasil, siguiendo la huella de Alfonso Reyes. Realizó, en 1972, la edición crítica del *Epistolario Larbaud-Reyes* y, al año siguiente escribió: *La*

amistad Reyes-Larbaud. Doctorada en 1977, ganó el premio del *Comité de Rayonnement Français*, y su tesis doctoral: *Alfonso Reyes y Francia*, publicada en 1978, obtuvo el Premio Biguet de la Academia Francesa.

La Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria de la Universidad Autónoma de Nuevo León, reúne y publica en esta forma sus tres conferencias pronunciadas en Monterrey.

ISRAEL CAVAZOS GARZA

Alfonso Reyes y Francia

De las obras tan variadas y sabrosas de Alfonso Reyes se pudiera extraer una verdadera historia de la amistad franco-mexicana, porque ésta era uno de sus temas predilectos. Don Alfonso explicaba esta amistad por cierta semejanza de carácter entre nuestros dos pueblos. Decía que este parentesco se manifestó temprano, desde los primeros contactos que intervinieron entre las sensibilidades mexicanas y francesas.

La primera revelación de las afinidades que existen entre el carácter mexicano y el carácter francés, nos los da *Don Juan Ruiz de Alarcón*. Este joven criollo de la Nueva España se fue a Madrid para "pretender en corte". Esperando un cargo debido a su nacimiento y a sus méritos, se dedicó a escribir comedias. Su *Verdad sospechosa*, obteniendo en Madrid un éxito considerable, pasó a Francia. La tradujo casi literalmente nuestro Corneille en su comedia titulada *Le menteur (El mentiroso)*. Gracias a esta comedia de Corneille, nuestro gran Moliere concibió más claramente el estilo teatral que tenía que escoger para sus propias obras. Alfonso Reyes, en unas páginas de sus *Leiras de Nueva España*, elegantemente tituladas "Primavera Colonial", analiza finalmente esta influencia de Alarcón sobre nuestro teatro clásico del siglo XVII. Aunque muy celebrado en España, Ruiz de Alarcón era muy diferente "del mundo ruidoso de la comedia española". Lope de Vega descollaba por "la invención abundante y la fuerza lírica", más Alarcón daba en su teatro "una nota en sordina, en tono menor". En los *Capítulos de la literatura española*, añade don Alfonso: "No hay altas situaciones trágicas en su teatro, sino casi siempre discusiones apacibles de problemas mora-

amistad Reyes-Larbaud. Doctorada en 1977, ganó el premio del *Comité de Rayonnement Français*, y su tesis doctoral: *Alfonso Reyes y Francia*, publicada en 1978, obtuvo el Premio Biguet de la Academia Francesa.

La Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria de la Universidad Autónoma de Nuevo León, reúne y publica en esta forma sus tres conferencias pronunciadas en Monterrey.

ISRAEL CAVAZOS GARZA

Alfonso Reyes y Francia

De las obras tan variadas y sabrosas de Alfonso Reyes se pudiera extraer una verdadera historia de la amistad franco-mexicana, porque ésta era uno de sus temas predilectos. Don Alfonso explicaba esta amistad por cierta semejanza de carácter entre nuestros dos pueblos. Decía que este parentesco se manifestó temprano, desde los primeros contactos que intervinieron entre las sensibilidades mexicanas y francesas.

La primera revelación de las afinidades que existen entre el carácter mexicano y el carácter francés, nos los da *Don Juan Ruiz de Alarcón*. Este joven criollo de la Nueva España se fue a Madrid para "pretender en corte". Esperando un cargo debido a su nacimiento y a sus méritos, se dedicó a escribir comedias. Su *Verdad sospechosa*, obteniendo en Madrid un éxito considerable, pasó a Francia. La tradujo casi literalmente nuestro Corneille en su comedia titulada *Le menteur (El mentiroso)*. Gracias a esta comedia de Corneille, nuestro gran Moliere concibió más claramente el estilo teatral que tenía que escoger para sus propias obras. Alfonso Reyes, en unas páginas de sus *Leiras de Nueva España*, elegantemente tituladas "Primavera Colonial", analiza finalmente esta influencia de Alarcón sobre nuestro teatro clásico del siglo XVII. Aunque muy celebrado en España, Ruiz de Alarcón era muy diferente "del mundo ruidoso de la comedia española". Lope de Vega descollaba por "la invención abundante y la fuerza lírica", más Alarcón daba en su teatro "una nota en sordina, en tono menor". En los *Capítulos de la literatura española*, añade don Alfonso: "No hay altas situaciones trágicas en su teatro, sino casi siempre discusiones apacibles de problemas mora-

les... El talento de observación, la serenidad íntima de ciertas conversaciones, el toque nunca exagerado para definir los caracteres, la prédica de bondad, la fé en la razón como norma única de la vida... Era lento, paciente, de mucha conciencia artística”.

Estas cualidades, tan mexicanas, de Ruiz de Alarcón —y que son exactamente las del mismo Alfonso Reyes— caracterizan también a nuestro teatro clásico, paradigma del temperamento francés: sobriedad, propensión al análisis, claridad, sentido de la armonía y de la medida; *pudor* en la expresión de los sentimientos; cortesía en los diálogos; exigencia de una forma perfecta. Los héroes franceses se fundan también sobre la razón para guiarse en la vida.

En el siglo XVII, la revolución francesa puede ser considerada como un antecedente de la emancipación mexicana. “De Francia venían las tentaciones”, explica Reyes, con su sonrisa acostumbrada. Miguel Hidalgo, Padre de la Patria mexicana, era aficionado a las letras francesas: “La antorcha de Francia, sigue excelentemente don Alfonso, ilumina nuestra independencia”.

Varias veces, contó Alfonso Reyes la simbólica historia de un botanista del Rey de Francia. Vino a México para robar algunas pencas de nopal cargadas de cochinillas: el Rey de Francia deseaba desarrollar la economía de sus posesiones antillanas y se sabía que la cochinilla mexicana suministraba el más hermoso color grana. Así, con este insecto mexicano se obtuvo el color rojo que la Convención añadió a la bandera francesa, antes sólo azul y blanca.

En los *Capítulos de literatura mexicana*, don Alfonso llama “Edad de oro para las letras mexicanas” los años que van desde 1880 hasta 1910, gran época también para las letras de Francia. Los modernistas mexicanos Manuel Gutiérrez Nájera, Justo Sierra, Manuel José Othón —más cerca de nosotros—, Amado Nervo,

conocen los versos de nuestros poetas parnasianos, y luego de los simbolistas.

No sólo en las letras se nota un cierto afrancesamiento durante el porfiriato. En su *Crónica de Francia*, nota Alfonso Reyes los contactos que fueron entonces frecuentes entre mexicanos y franceses, las semejanzas en las órdenes del pensamiento filosófico y político, y hasta en la vida cotidiana. El padre y la madre de don Alfonso hablaban en francés puro y elegante. Acogían a sus huéspedes en francés. Los menús de las comidas se escribían en francés, y hubo entonces una notable introducción de palabras francesas en el dominio de la moda, de los juegos, de los teatros. Estos galicismos no eran excentos de cierta ridiculez y los estudiantes se burlaban de estos excesos.

La misma exageración de las modas francesas explica que, cuando empieza Reyes a escribir, los jóvenes mexicanos miraban hacia otras direcciones: Estados Unidos, Inglaterra. Leyeron novelas rusas; se nota una vuelta cultural hacia España... Alfonso Reyes no ignoró esta evolución. Estudió el inglés, hasta ser uno de los mejores traductores del inglés en el mundo hispánico. Supo griego y latín. Pero, a todo eso, se quedó muy cerca de la lengua y de la cultura francesa. Será “el más francófilo de su generación”. Pero, un francófilo de un nuevo estilo: que no se restringía al conocimiento de la cultura francesa; y al mismo tiempo se dotaba, para observar a Francia y a los franceses, de una lucidez muy nueva, de una exigencia inaudita. Conocer mejor a Francia, entrar en contacto con los franceses, revelar a sus amigos franceses la originalidad y la belleza de su patria mexicana, contribuir, en fin, al desarrollo de la amistad entre México y Francia... serán unos de los fines esenciales que propondrá en vida.

La maravillosa infancia de Alfonso Reyes en Monterrey se interrumpió cuando el General Reyes fue nom-

brado Ministro de la Guerra. La familia se trasladó al Distrito Federal. Alfonso fue alumno del Liceo Francés de México, estudiando nuestro idioma, participando en las fiestas francesas que se organizaban en este establecimiento... soñando con Francia.

Más tarde los primeros versos del futuro Mexicano Universal se publicaron en un periódico regiomontano, *El Espectador*, el 28 de noviembre de 1905. Se inspiraban de un grupo escultórico debido a un artista francés.

Luego, en México, formó parte de los grupos prestigiosos de *Sarabia Moderna* y del *Ateneo de la Juventud*. Alfonso, con Pedro Henríquez Ureña, y Jesús Acevedo, especialmente, leía a muchos escritores franceses, a Bergson, a Frederic Mistral, a Flaubert.

Por el encantador *Pasado inmediato*, sabemos cómo entró Alfonso Reyes en contacto más directo con París. En noviembre de 1909, el General Bernardo Reyes viajó a París con su esposa, su hija Otilia, su hijo Alejandro. Los viajeros se instalaron en el *Hotel de l'Athénée*, detrás de la Opera, en uno de los sitios más noblemente clásicos de la capital francesa. Acogido con mucho respeto, el General Reyes fue convidado a ceremonias oficiales por el gobierno francés. Especialmente asistió a los desfiles del ejército francés y participó en maniobras militares, en calidad de huésped de honor. Es fácil imaginar la importancia, para Alfonso Reyes, de los relatos y de los recuerdos de estos queridos viajeros, cuando regresaron de Francia. No se conservan algunas cartas de aquella época en la familia de Alfonso Reyes. Por cierto, serían textos de máximo interés histórico y psicológico, a la vez para los mexicanos y para los franceses.

La cultura francesa de Alfonso Reyes, antes de su salida de México, en 1913, era considerable. Conocía las obras sobrias y fuertes de nuestros clásicos. Por los cuentos del *Plano Oblicuo*, sabemos que había asimi-

lado con provecho los libros de Gérard de Nerval, de Francis James y sobre todo de Jules Laforgue. En *Cuestiones estéticas*, obra publicada en Francia, cuando tenía sólo 21 años, se encuentran páginas magistrales sobre nuestro difícil Mallarmé. Había leído ya bastantes libros de historiadores y eruditos franceses. Además, ya cantaba canciones del folklore galo, canciones de estudiantes, que forman una parte muy auténtica de nuestro patrimonio nacional, y que son canciones que se pasan en una bodega y que celebran a algunos buenos vinos.

En resumen, en su infancia, el calor familiar, el lujo, los libros se habían empapado de un aroma francés. A los veintiún años, había captado los cambios que anunciaban, aun antes de la guerra mundial, una evolución decisiva en las letras de Francia.

El contacto con la realidad no coincide nunca con el sueño. La visión de París le causó a don Alfonso un verdadero choque: "Caí, dice, abierta la cabeza en pedazos, al recibir el golpe de masa de París". En una obra suya, no todavía recogida en libro, rica en precisiones sobre su vida y sus libros, *Historia documental de mis libros*, cuenta que, paseando por nuestros bulevares, se sentía más lejos de "París" que cuando iba a la librería Bouret, en la Avenida del Cinco de Mayo, en México. En "El reverso de un libro" (*Pasado inmediato*), confiesa que estas primeras horas en París fueron de descocierto. La síntesis frágil que se había forjado desde México se quebraba.

Por la mañana, iba a la Legación de México, entonces en el Bulevar Haussmann... Pero las tardes eran libres y se puso a emprender inmensos paseos a pie o en autobús, por la capital francesa, visitándola metódicamente, de norte a sur. A veces se dejaba conducir por Víctor Hugo, o por Balzac u otros escritores que habían descrito a París en sus novelas.

Entonces fue cuando empezó esta colección de li-

bros dedicados a París, colección que continuaría durante toda su vida.

Don Alfonso, doña Manuela y Alfonsito se instalaron en un piso de una gran casa burguesa del buen barrio de los Ternos. (yo fui a visitar esta casa, como en peregrinación, con la nieta y la encantadora biznieta de don Alfonso). Desde su ventana, él divisaba las torres, tan blancas que parecían de azúcar, de la iglesia del Sagrado Corazón, en la colina de Montmartre. Desde su ventana, estaba atento a los ruidos de París, tan especiales y diferentes de los de México. Siempre le gustó a don Alfonso escuchar los ruidos de las ciudades.

París le pareció sucio, gris, sin luz y sin higiene. Muchos pisos no tenían entonces baños ni calefacción. Apenas se empezaba la instalación de la luz eléctrica en las calles. Pero París era un verdadero crisol. En esta urbe se concentraban todas las razas del mundo. En particular, en París, se hizo amigo don Alfonso de otros americanos, venidos de otras repúblicas del nuevo mundo y, casi todos, diplomáticos, artistas o escritores ya implantados en la capital francesa. Trabajó amistad con los hermanos García Calderón, escritores peruanos ya célebres, con Felipe Cossío del Pomar.

Sus compatriotas, los pintores Angel Zárraga y Diego Rivera le introdujeron entre los artistas de lengua española: trató con Picasso y con otros cubistas; con Modigliani. Y como, en los cenáculos, se juntaban artistas y poetas, Alfonso Reyes conoció entonces a Guillaume Apollinaire. En la Closerie des Lilas, café literario célebre que ahora se visita como un museo, yo fui a buscar la sombra de Alfonso Reyes: él acudía aquí a escuchar los versos un poco anticuados y grandilocuentes de Paul Fort, apodado "Príncipe de los poetas". Reyes prefería las tendencias más modernas y despejadas, las de los futuristas, o de la *Nouvelle Revue Française*, donde se publicaban las creaciones más ori-

ginales y potentes de Andrés Gide y Paul Claudel.

Alfonso Reyes asistió también a las realizaciones del Vieux-Colombier, teatro que iba a renovar tan profundamente el estilo de este arte.

Y, en el momento en que él empezaba a formarse una nueva idea general de París y del genio francés, entonces, exactamente, estalló la guerra. Alfonso Reyes conoció a París bombardeado. Pronto, tuvo que dar rumbo al sur.

Inmediatamente, desde las primeras semanas que vivió en España, en San Sebastián, actuó don Alfonso como un partidario convencido de la causa francesa. Se encontraba también en esta ciudad el gran escritor español Azorín. Por esta afición común a Francia, así se puede explicar la entrañable amistad que empezó a establecerse entre los dos hombres.

Alfonso Reyes en Madrid, publicó muchos escritos a favor de Francia. Entró en relaciones con los franceses de Madrid, especialmente con los catedráticos del Instituto Francés. Siempre era convidado cuando llegaba un francés de marca, venido a la capital a explicar la posición francesa. Así entró en contacto con el filósofo Henri Bergson, con el helenista Víctor Bérard. La frontera hispano-francesa quedó como entrabierta durante el conflicto y Reyes pudo cartearse largamente con uno de sus mejores amigos franceses, el erudito Raymond Foulché Delbosc, para realizar una edición admirable de las *Obras Completas* de Góngora. ®

Para persuadir mejor a sus lectores españoles, Alfonso Reyes se hizo historiador de Francia. El tomo V de sus *Obras Completas* contiene un gran número de los magníficos artículos que publicó en *El Sol* de Madrid. Representan un estudio muy importante de la historia política de Francia, desde la Revolución de 1789 hasta la declaración de guerra de 1914. Son páginas cuidadosamente documentadas, y a la vez llenas de emoción personal, sucesivamente risueñas y grandio-

sas, con la inteligencia ligeramente escéptica que tenía don Alfonso de los hombres y de los acontecimientos internacionales.

Muy conmovedora fue su vuelta a París, por primera vez después de la guerra, en 1923: "Tantos años sin ver a Francia", escribe. Vino a París en compañía de Genaro Estrada y de Manuel Toussaint. Se hospedó en el Grand Hotel, en el Bulevar des Capucines. Su cuarto daba a la Plaza de la Opera, y el monumento parecía entrar por la ventana. Cuando llegó don Genaro, estalló toda la emoción de su amigo Alfonso:

"Mire, Genaro, le dije, tengo la Opera dentro de mi cuarto, y abrió una ventana que caía sobre la magnífica plaza. Anoche vine a abrir esta puerta y me encontré con que estaba aquí dentro la Opera. ¡Ay, Genaro, estamos en París! ¡Fíjese, en París! Pero déjeme llorar un poco. Y, dicho y hecho, se fue a poner la cara contra un rincón, en tanto que Genaro Estrada, con avidez nostálgica, se pegó intensamente a la lectura del "Demócrata", como siempre lleno de sangre y de puñales; pero de tiempo en tiempo sacaba la mirada por encima de la redonda eminencia de sus anteojos, para ver los movimientos espasmódicos de Alfonso, quien seguía dándole fuerte al sollozo. Por fin, Genaro le fue a dar, con mucha cortesía, golpecitos en la espalda, diciéndole con acento consolador: ¡ya!, ¡ya!, ¡ya!". (de Artemio del Valle Arizpe, "Alfonso Reyes íntimo". En *Digesto sobre Alfonso Reyes*, ed. por el Pen Club de México; también en mi *Alfonso Reyes y Francia*, p. 182.

En los 28 meses que vivió Alfonso Reyes en París como Ministro de México, pareció tener don de ubicuidad. En primer lugar, atendió a su legación, siempre

primera servida. Sin embargo, dispuso de un poco de tiempo para continuar su visita de París, esta vez en compañía de su hijito. Nos cuenta como iban a probar los manjares más tradicionales de Francia en unas posadas muy antiguas donde viviera posiblemente el famoso D'Artagnan.

En este año de 1925, en la euforia de la paz, a pesar de los lutos y de las ruinas, París era otra vez el centro artístico del mundo. A la verdad, Alfonso Reyes vivió poco tiempo en Francia, pero tuvo la suerte extraordinaria de estar en París en un momento absolutamente crucial para la evolución moderna de las artes y de las letras. El conoció la gran época de nuestros pintores, cuando bajaban de Montmartre a Montparnasse. Llegó a punto de inaugurar la famosa exposición de las Artes Decorativas. A la orilla del Sena en uno de los puentes, habían surgido una multitud de casitas y de pabellones en que cada país podía enseñar las nuevas tendencias en la decoración del hogar. La manifestación adquirió una importancia decisiva en la formación del grupo moderno y en la historia de todas las artes. Alfonso Reyes, en el banquete inaugural, se hallaba al lado del arquitecto responsable de la exposición.

París, crisol. París, otra vez, era el crisol en que se concentraban todas las naciones. Don Alfonso, en París, se encontró con otros mexicanos como José María González de Mendoza y Angel Zárraga. Se hicieron amigos de otros muchos hispanoparlantes, Miguel Angel Asturias, el salvadoreño Toño Salazar, excelente caricaturista, León Pacheco, de Costa Rica. Entre los diplomáticos hispanoamericanos, don Alfonso simpatizó especialmente con González Zaldumbide, Ministro del Ecuador, otro enamorado de París. Zaldumbide vivía en un piso muy rico, frente a la Torre Eiffel. En este cuadro lujoso leyó Alfonso Reyes, en presencia de la *crema* de los letrados parisienses, su

impecable y tan mexicana obra maestra, *Ifigenia cruel*.

Francia había sufrido tanto de la guerra que su Ministro de Relaciones Exteriores, Aristide Briand, se esforzaba por obtener en la Sociedad de las Naciones unos tratados susceptibles de evitar la vuelta a la locura. Alfonso Reyes aplaudía estos proyectos. Se hizo amigo de Aristide Briand y de su colaborador Alexis Leger. Este, conocido en poesía por el seudónimo de *Saint-John Perse*, sabía el español, había leído las obras de Reyes, sobre todo *Visión de Anáhuac*. Hay recíproca influencia entre las obras de don Alfonso Reyes, y las de este gran poeta francés moderno. Hasta, se puede hablar de un "vaivén" de reminiscencias entre las obras alfonsinas y las de Saint-John Perse.

La amistad franco-mexicana figuraba en el primer término de las preocupaciones del Ministro Alfonso Reyes. El mismo redactó el nuevo *Tratado de Comercio* necesitado por el estado del mundo después de la guerra, tratado que iba a regir los intercambios entre los dos países a lo largo de los años. Para mejorar las relaciones económicas entre su país y Francia, el Ministro Reyes organizó la venida a París de importantes misiones de negociantes, científicos e industriales mexicanos. Les puso en contacto con sus homólogos franceses, no sólo en París sino también a través de las provincias francesas. El visitó así bastantes ciudades francesas con los delegados mexicanos, lo cual le dió la oportunidad de conocer a "Francia profunda", conservando para siempre en los ojos la visión de tal antigua plaza, o de un monumento renacentista.

Alejarse tan pronto de París fue para don Alfonso un desengaño intenso. "Nadie deja a París sin lágrimas", dijo. Con ocasión de su salida, hubo banquetes, recepciones. El cuento que escribió poco después. "Los dos augures", contiene líneas que son como un poema, con sus últimas impresiones de París:

"Sean las cuatro de la tarde, hora ya madura y melificada; sea la primavera en París, gozosa de gorriones.

Esta niebla de París, parece que me arropa y conforta.

Este morcino sol, mojado y tibión tan diferente a mi fuego natal...

Todavía disfrutamos de la última luz de París, al cruzar el río".

En Argentina también, se encontró con cierta presencia de Francia. El grupo de jóvenes escritores porteños —entre los cuales sobresalía ya Jorge Luis Borges—, se hallaba sin jefe, desde la salida de Ricardo Güiraldes. Le pidieron a Alfonso Reyes ayuda y dirección. Ya estos argentinos estaban en contacto estrecho con escritores de París, los mismos que eran amigos de Reyes: Valery Larbaud, Jules Romains, Adrienne Monnier, Marcelle Auclair. Pero le pareció a don Alfonso que aprovechaban mal el ejemplo francés, dedicando su atención exclusivamente a Francia, dejándose invadir por los artículos y publicaciones francesas sin conservar bastante sentido crítico ni clara conciencia de su personalidad mexicana. La revista *Libra* que Reyes fundó con ellos les enseñó un uso mejor de las lecturas francesas. Por cierto, hay recuerdos de Francia en *Libra*, pero no exclusivamente. El juicio parecía más imparcial, más libre, el sentido crítico siempre alerta.

En varias manifestaciones argentinas, contribuyó don Alfonso, con Victoria Ocampo, a la evocación del genio francés. Lejos, a la vez, de México y de Francia, se consolaba dedicándose a lecturas y estudios sobre escritores franceses. Entonces fue cuando escribió estas páginas tan frescas y minuciosas en que resucita a Juan Jacobo Rousseau en su juventud alpestre... Sobre todo, redactó su obra considerable sobre Mallarmé.

Preveía un libro, que se hubiera titulado *Culto a Mallarmé*. Pero la publicación no se hizo y conocemos sólo una parte de estos estudios en *Mallarmé entre nosotros*. Otra parte se publicó en la revista *Sur* de Victoria Ocampo. Nunca se recogió en volumen. Tenemos que esperar que un próximo tomo de las *Obras Completas* de Reyes pueda reunir todos los escritos que el gran mexicano dedicó a este poeta francés, del cual, además, fue el admirable traductor.

La revista preciosa, lindamente llamada *Monterrey* fue creada también en el aislamiento relativo de Buenos Aires. Reyes cambiaba cartas y libros con sus amigos de Francia, especialmente con Valery Larbaud. *Monterrey* fue concebida ante todo como una carta colectiva enviada a sus amigos del mundo entero. Los franceses que recibieron la revista, como Francia de Miomandre, escribieron varias reseñas de *Monterrey* que se publicaron en la prensa literaria francesa...

En Brasil, la presencia francesa era todavía mayor. La influencia del poeta francés Paul Claudel, el cual había sido Embajador de Francia en Río de Janeiro por los años de guerra, se dejaba sentir todavía...

El anuncio de una segunda guerra franco-alemana despertó en el alma de don Alfonso una intensa congoja. Regresado de México, se hundía en el estudio para soportar su melancolía.

En los primeros meses de guerra, en octubre de 1939, recibió don Alfonso una carta de la revista parisina *Les Nouvelles Littéraires*. Esta carta contenía preguntas en vista de una encuesta internacional: "¿Cuál era su posición delante del conflicto? ¿En qué medida importaba para el porvenir del pensamiento el triunfo de Francia? ¿Qué debe a Francia en su formación espiritual? ¿Cuál es el escritor francés que prefiere?" Los organizadores de la encuesta, dirigiéndose a Alfonso Reyes, dedicaban esta carta al "Gran poeta, gran diplomático y sincero amigo de Francia". Los resultados

de esta encuesta no lograron publicarse en París, porque la catástrofe se abatió antes sobre mi país, impidiendo los textos de esta orden. Pero poseemos la contestación enviada por Reyes: Doña Manuela conservaba todos los duplicados. La respuesta de Reyes era una confesión admirable. Se adhería, "sin vacilaciones ni matices" al triunfo de la democracia. Para él, la causa de Francia se confundía con la del espíritu, que eran las cosas más preciosas del mundo... "El triunfo de Francia importa, decía, al porvenir del pensamiento". Explicaba la importancia preponderante de Francia sobre los de su generación y sobre la generación precedente. La reorganización de México, después de la victoria de Benito Juárez, se había realizado con influencia francesa. Alfonso Reyes explicaba su propia formación como esencialmente basada sobre raíces mexicanas. Francia y España se había estimulado recíprocamente para añadir sus riquezas respectivas y transmitir otras culturas: humanidades clásicas, culturas italianas, inglesas, alemana.

La última parte de la hermosísima respuesta de Reyes se hace más íntima, se llena de emoción ya que evoca recuerdos queridos: "Desde mi primera infancia, amé a la lengua francesa de un modo instintivo". Por cierto había pronunciado sus primeras palabras francesas en familia, mucho antes de la primera enseñanza. De niño, soñaba de verter al español algunos matices de sensibilidad que creía adivinar en la lengua francesa. Luego, resucitaba la visión, en Monterrey, del comedor familiar. Su padre conversaba amistosamente con un ex-oficial francés. La evocación del general ejerce entonces todo encanto. El texto de Reyes se hace muy tierno para retratar a este general-poeta...

Don Alfonso escribió cada día sus pensamientos, en este periodo cruel de los primeros años de la guerra mundial. Este *Diario* no se ha publicado todavía. Por cierto que será de un máximo interés y que completará

la historia de las relaciones de Reyes con sus amigos franceses. Yo tuve entre mis manos el álbum espeso donde Reyes se confesaba, apretando su letra. El 14 de junio del 40, repitiendo los versos famosos de Rubén Darío, escribe: "Los bárbaros, Francia, los bárbaros, cara Lutecia... Los alemanes en París, luto del género humano. Me cuesta trabajo concentrarme para escribir". El 17 de junio de 1940, apunta: "Encerrado embriagándome de trabajo, pero muy angustiado". En su casa, don Alfonso acogía a los franceses refugiados a México. Participó en la revista *Lettres francaises* que Roger Caillois fundaba patrióticamente en Buenos Aires.

En julio de 1943, se encontró en Nueva York con el profesor francés Etiemble, el cual lanzaba por las ondas exhortaciones al pueblo francés. Etiemble pidió a Alfonso Reyes un mensaje de amistad destinado a París. En seguida, en su mismo cuarto de hotel, escribió don Alfonso, a mano y sin detenerse, como con su corazón, unas páginas magníficas, en francés, que leyó luego en la radio. Ofreció el manuscrito de esta alocución a Etiemble, el cual me lo entregó, con la autorización de publicarlo enteramente. Permitame leer aquí este texto conmovedor, traducido al español por primera vez:

"En mi país, en *nuestros* países —porque así se pasa en todas las repúblicas de la América Latina— la causa de la Francia libre es considerada como nuestra. El 14 de julio es también para nosotros una fiesta nacional. Nada de lo que es francés nos es extranjero. Desde el primer momento, depositamos nuestra confianza en los verdaderos franceses. Ni un instante dudamos de la victoria futura. La Geometría del mundo, la arquitectura de la paz necesitan el pensamiento francés auténtico, os debéis a la Francia eterna y,

por eso, os debéis a la humanidad entera. Nosotros no pudiéramos privarnos de las adquisiciones que trajo el espíritu francés al patrimonio humano. Todavía esperamos otras riquezas.

Vosotros sois el valor y la prudencia. Con el alma tendida, esperáis la hora oportuna. Vosotros sois la espuela y el freno. "Rolando es valiente y Oliver es cuerdo". Armonía de entusiasmo y de razón, de amor e inteligencia: la única que puede crear obras duraderas. Recibid el saludo y la expresión de los votos más fervorosos de uno de vuestros hermanos de América, el cual aprovechó ampliamente vuestra cultura y vuestra sensibilidad, y a quien los franceses dieron, aun sin saberlo, las enseñanzas más valiosas y unas orientaciones definidas en su ciencia de la libertad y del trabajo, de la alegría y del dolor.

Un día estalló un conflicto armado, no entre nuestros dos países, sino entre el cuerpo expedicionario de Napoleón III y el pueblo mexicano. Nunca hubo odios nacionales. Conocí a algunos oficiales franceses de aquella época. Se habían casado con mujeres mexicanas, se quedaban entre nosotros. No nos quitaron nada. Al contrario, aumentaron nuestro haber. Habían combatido, en otros tiempos, en unos encuentros azarosos, contra un joven teniente mexicano, el cual, luego, vino a ser general. Llegados a la madurez, probaban los buenos vinos de Francia, en compañía de este general, mi padre. Así, alrededor de la mesa familiar, aprendí a estimar a estos hombres, a saber que estábamos cortados con la misma tela, la de la verdadera amistad entre los pueblos. Permitid que os ofrezca este recuerdo de mi infancia, que me es tan caro, en testimonio de mi devoción por el gran país de la libertad, de la razón, y de la justicia".

La imagen de Francia y de los franceses en los escritos de Alfonso Reyes

Antes de salir de México, en 1913, Alfonso Reyes, por cierto, tenía una idea del carácter francés, idea que podemos conocer gracias a algunos cuentos de su *Plano oblicuo*. Había leído a Rabelais, y su carcajada enorme le parecía algo muy especialmente francés. A través de otras lecturas, había vislumbrado una sabrosa fantasía, una libertad alegre de las divagaciones, una insolencia ligera, y nuestra tendencia a cierta irreverencia.

En los asuntos religiosos, los franceses le parecían razonables y hasta racionalistas. El joven mexicano miraba con simpatía la sonrisa levemente escéptica de Michel de Montaigne.

Leyendo los poemas de Mallarmé, se había enamorado de la lengua francesa, melodiosa y refinada. Sobre todo, este idioma le reportaba a los momentos más preciosos de su infancia, resucitaba la presencia de un padre adorado. ¡Cuántas veces, en Monterrey, escondido debajo de la mesa del comedor familiar, cuántas veces el niño Alfonso había escuchado las conversaciones amistosas cambiadas entre don Bernardo y unos huéspedes franceses, ex-oficiales del ejército imperial que se habían establecido en este país, seducidos por su belleza, o por el encanto de alguna mexicana!

En París, las primeras visiones de la vida francesa que recogió don Alfonso no coincidieron, ni mucho menos, en esta concepción elegante y lujosa que se había hecho de Francia. Desde las ventanas de su hotel, el hijo del general Reyes pudo observar "en la



fonda de enfrente, las pintorescas costumbres del pueblo francés: engullían los cocheros gloriosas sopas, dice, y volcaban frecuentemente el vino en el caldo".

Don Alfonso ya enuncia una concepción moderna del viaje cuando escribe, en *Vida y ficción*: "El que viaja... se informa con minuciosidad de los usos del hombre para no vivir como extranjero en la tierra". Y, en efecto, observó muy cuidadosamente la vida de los franceses. Poseía un don excepcional para discernir el gesto que resume en sí solo el ambiente de una ciudad o la psicología de un pueblo. Hasta supo respirar el olor de la primavera en París, la cual se nota aún más fuertemente que en el campo.

Primero, pudo trazar un retrato vigoroso de la joven criada que vino a ayudar a doña Manuela. Era de Bretaña, hija de los celtas, raza enérgica. Anne Quéau se llamaba, y mecía a su hijo Alfonsito con las tradicionales canciones de cuna de su provincia; con lo cual don Alfonso quedaba encantado. Dice que esta criada aprendió el español pronto y bien... (siempre pensé que, en esto, doña Manuela y don Alfonso habían tenido mucha suerte. No todos los alumnos franceses me parecieron dotados de aquellas disposiciones para aprender el español...) Los padres de Anne, amables y deferentes, enviaban desde su provincia bretona unos cestitos de langostas de inolvidable sabor...

Los parisinos parecían conservadores. En las farmacias se veían todavía estos enormes globos llenos de aguas coloradas que habían desaparecido desde muchos años antes en México.

Los franceses eran unos maniáticos, sobre todo cuando se trataba de las horas de sus sagradas comidas. Nota Reyes "no quieren que les retarden la sopa" ¡El personaje más importante de la vida parisiense era el portero, omnipotente, verdadero heredero de los reyes de Francia!

El tipo del francés medio era más bien bonachón. La

francesa era bastante fea y común, comparada con la hermosura de las mexicanas.

En el verano de 1913, Reyes pudo observar mejor la vida de París. En aquellos tiempos, en efecto, la ciudad no se despoblaba en agosto como ahora. En el París actual, durante el mes de agosto, hay que recorrer kilómetros antes de encontrar una panadería abierta: todos los franceses están al mismo tiempo en las playas. Pero, antes de la primera guerra mundial, los franceses, en general, no tenían vacaciones y se quedaban en París en los meses calientes. Vivían en la calle. París tomaba entonces unos aires de libertad campesina. Por las noches tibias, las familias populares sacaban sillas para sentarse en la acera. Los niños jugaban a la pelota en la calzada. Los hombres iban a pescar, en el Sena, bajo puentes inmensos. La vida se deslizaba, feliz. El pueblo francés ignoraba el hambre. La abundancia francesa era simbolizada por los enormes panes que los chicos llevaban al hombro. Los franceses, pues, en su conjunto parecían despreocupados, pacíficos. En los primeros meses de 1914, el deseo de los franceses de vivir en buena inteligencia con sus vecinos alemanes era incontestable. Los parisinos eran sociables; les gustaban los contactos con los vecinos, aunque, según lo que notaba Alfonso Reyes, la cortesía en el trato era mucho más directa, mucho más breve que en América. Los burgueses no tenían todavía ninguna "mácula de socialismo" y los mirones se divertían mucho viendo los choques entre los guardias y los socialistas.

Alfonso Reyes tuvo entonces algunos contactos con las editoriales parisienses, especialmente en Ollendorff, la cual había publicado ya sus *Cuestiones estéticas*. El libro se había vendido bien. Sin embargo, con esta ocasión, habló del "mercantilismo cartaginés de los franceses". "Se nos paga un piquillo, escribía a sus amigos de México, y aun irregularmente".

Los franceses, incluso los letrados, ignoraban rotundamente la geografía, especialmente la de América. Cuando le hablaban de las repúblicas americanas, se figuraban que eran "unas islas muy calientes en que vivían negros". El francés consentía en hablar únicamente su propio idioma. Muy pocos, entonces, sabían el español.

Reyes empezó a frecuentar la Universidad de la Sorbona, y quedó muy decepcionado por esta enseñanza demasiado académica. Las clases eran muy aburridas. Mejor valía, a su parecer, leer directamente los autores comentados. En cambio, don Alfonso se interesó mucho por la organización de nuestros estudios universitarios. Notó que algunos catedráticos eran entusiastas y cordiales, como Ernest Martinenche, el cual organizaba reuniones muy simpáticas entre hispanoamericanos y franceses, reuniones a las que concurría don Alfonso con regularidad.

Don Alfonso se fue también a saludar a otro profesor francés, Raymond Foulché-Delbosc, cuya gran fama de erudito había llegado hasta México. Se encontró con un señor todavía joven. Reyes dibuja un retrato admirable del erudito francés, amigo generoso, conector de la lengua y de las letras hispánicas. Este sabio permanecía en su biblioteca a todo lo largo de la semana. Sólo salía de casa para ir a dar sus clases, y eso sin ningún reloj, ya que poseía a cada momento la noción infalible de la hora.

Cuando don Alfonso se entrevistó en París con el poeta argentino Larreta, éste le comentó su concepción del alma francesa, y sobre todo lo que él llamaba "la avaricia" de los franceses. Le parecíamos muy apegados a la propiedad. Los franceses, decía Larreta, eran el pueblo del *sou*, esta moneda de cinco centavos. Este pueblo francés, por cierto, era el inventor de la alcancía. El fin de los franceses era el ahorro; solían llenar su *bas de laine*, una media de lana, con escudos

de oro. Sólo a veces, consentían en gastar un poco para beber y comer.

Otro amigo, que le explicó entonces más finamente el espíritu francés, fue Amado Nervo. Había sido el profesor de Alfonso en la escuela preparatoria. En aquel entonces, formaba parte de los diplomáticos mexicanos en Madrid. En los primeros años de 1914, publicó su libro de versos titulado *Serenidad*. Don Alfonso había publicado sin tardar un comentario de la obra. Cuando Amado Nervo se fue a París, quiso encontrarse con su joven compatriota que había descrito sus poemas con tanta sensibilidad. Amado Nervo tenía entonces 44 años. Había conocido al París de la *Belle Epoque* en los primeros años del siglo. ¡Se había paseado por nuestros bulevares del brazo de Rubén Darío! Amado Nervo saboreaba la lengua francesa hasta en sus menores giros. Estaba atento a la palabra de moda, por una estación, en las orillas del Sena. Los detalles de la moda o de las costumbres podían revelar la verdad profunda de un pueblo. Explicaba a Alfonso Reyes qué cambios estaban interviniendo en la mentalidad francesa. El precio de la vida había aumentado mucho, recientemente, de modo que las familias burguesas presentaban ahora como un lujo la elegancia de una mesa sobria. De estas dificultades económicas salía la moda de la esbeltez; así se explicaba el cambio que se observaba en el criterio de la belleza femenina ... ¡Cuántas cosas explicaría Amado Nervo a su compatriota de 25 años! ¡Les encantaba el barrio latino! Se admiraban de esta alegría espontánea de París. Seguían al vapor azul y misterioso que subía del Sena e invadía las calles.

Entre tanto, la preocupación mayor de los parisinos era la designación de un nuevo maestro para dirigir la orquesta de la Opera.

Y, súbitamente, sobre este pueblo pacífico, feliz y alegre, vió don Alfonso que se cernía la sombra de la

guerra. Arrastrado en un imbroglío diplomático, el gobierno francés se encontró en la obligación de crear, dentro de quince días, una psicosis de guerra. Volvieron precipitadamente las familias ricas del verano. Se multiplicaron los desfiles militares de los cuales era Reyes muy aficionado, probablemente en el recuerdo de don Bernardo. ¡De qué transformación tan asombrosa era capaz este pueblo, al parecer tan ligero y hasta frívolo! De un día a otro la felicidad tranquila de este pueblo se hundió en la tristeza. Los hombres iban a la estación con un heroísmo tranquilo y hasta, a veces, alegre, para subir a los trenes que los llevarían a un frente horroroso. Pero las mujeres lloraban. Don Alfonso vió y descubrió al "París de la tristeza". Sin embargo, todos se figuraban que la guerra iba a ser muy breve, nada más que un paseo de algunas semanas.

Como el conflicto se eternizó, los latino-americanos empezaron a salir de París. Alfonso Reyes se refugió en España.

En España, el contraste le pareció enorme entre los dos pueblos. En cierto sentido, la observación de la vida española permitió a don Alfonso hacerse una idea más completa de los franceses, ya que podía comparar los dos modos de vida. La generosidad española —el vino no se pagaba en la posada, porque era "don de Dios"— le hizo más evidente la parsimonia francesa. Los españoles desdeñaban al trabajo, que es como una mendicidad disfrazada. En Francia, el trabajo era dignidad, virtud, razón de vivir. El Manzanares era un río inútil, se contentaba con cantar al sol; pero el Sena aceptaba ser útil. El pueblo español cantaba, para olvidarse de la pobreza o de la muerte. En Francia, el pueblo ríe como un príncipe que ignora el dolor. Los mendigos pintorescos, ciegos y tullidos eran como la flor venenosa de las calles madrileñas. Retrospectivamente, las calles de París le parecían casi silenciosas,

animadas apenas por las coplas tímidas de unos artistas pálidos e inconsistentes.

Al mexicano Alfonso Reyes, las voces de Madrid, con su terrible pronunciación de la *jota* —explicación de la tos que se oía en todas las iglesias—, parecían broncas; las comparaba interiormente con la música mesurada, y que le parecía perfecta, de la lengua francesa.

En la vida española, todos los dominios se mezclaban, la actividad profesional no se separaba de la vida personal o familiar; El sabio Ramón y Cajal, en un libro científico, daba consejos para casarse bien! En Francia, al contrario, el cartesianismo quizá excesivo colocaba separaciones absolutas entre la vida profesional, la vida privada, la vida religiosa.

Entre los intelectuales españoles que rodeaban a Ramón Menéndez Pidal, reinaba un compañerismo alegre, la misma sencillez en el trato que entre unos obreros, un día de asueto. En Francia, los intelectuales franceses podían ser representados, simbólicamente, por un señor, algo acartonado en su traje negro y severo; era del Instituto de Francia o de la Academia con sus condecoraciones, y siempre dispuesto a leer un discurso oficial.

Las figuras religiosas de Francia eran suaves, comedidas, mientras que los santos españoles eran unos revoltosos o, por lo menos, habían sido activos y positivos.

Los españoles evolucionaban lentamente. Tardaban en modernizarse. Alfonso Reyes notó en las calles unas escenas que le parecieron verdaderamente medioevales. Por contraste, este excelente observador se rememoraban la mayor calidad del pueblo o del espíritu francés: la aptitud al cambio, a adaptarse rápidamente. Francia era la que inventaba, en cada estación, una moda diferente. Los franceses tenían la rara virtud de la curiosidad, y la curiosidad de las innovaciones.

Hay claridad mental, dice Reyes, en cada palabra del pueblo francés. España tiene el sentido de la comicidad y del misterio metafísico. El hispánico posee la elegancia física y moral; es *físicamente justo*. Mientras que la inteligencia se percibe por todas partes en Francia. En París, los hombres parecían comunes, físicamente, pero “de una celebración justa”.

Alfonso Reyes tuvo la ocasión de estudiar la psicología de la provincia francesa en 1919, cuando se fue a Burdeos con su amigo español Azorín. Era su primer viaje a Francia después de la guerra. Se encontraron en esta ciudad importante del centro oeste de Francia, el mismo día en que se firmó la paz entre Francia y Alemania. Observó don Alfonso muy finamente el tinte particular de esta alegría francesa, tan diferente de la alegría mexicana. Era una “expansión de un buen humor nada tumultuoso. Ni furia, ni atropello. Unas horas de asueto, nada más”. Miraba con asombro tanta mansedumbre, tanta regularidad en esta multitud, que anda suefta por las calles y no rompe una vidriera ni arma escándalo. Había en esta alegría una gravedad profunda. Meditaba don Alfonso en una frase de Montaigne que acababa de leer en el Ayuntamiento de Burdeos: “El goce profundo tiene más de severidad que de alegría”.

Burdeos era una ciudad monumental, abierta al cielo, abierta al río, con unos edificios de piedra negra y plateada. En los edificios venerables, había puertas góticas que pudieran ser “buenas portadas para libros de caballería”. Los hombres llevaban unas barbas muy francesas.

Convidaron a Reyes en los mejores restaurantes de la ciudad de Burdeos, capital del buen vino. Las mujeres que servían eran feas, pero simpáticas. Hablaban a gritos, con el acento abierto y lento del sur de Francia. Servían con una solitud de *nurse* para quien todos los clientes fueran como otros tantos niños lisiados. Le

pasaban la mano al cliente por la cabeza, lo acariciaban en el hombro, sonreían, decían cosas amables... Cuidaban y protegían a sus clientes, cuenta Reyes, como un pastor a su ganado. Don Alfonso aprendió, con sus amigos de Burdeos, a saborear el buen vino, agitándolo levemente, luego más fuerte, luego respirándolo, antes de beberlo. Las danzas folklóricas de las provincias francesas le parecieron más bien sosas y sin carácter, a pesar de sus nombres tan bonitos. Azorín y Reyes pensaban en el ritmo y en el color de las danzas hispánicas...

Ministro en París, en 1925, don Alfonso inició el examen metódico de las diferentes clases de la sociedad francesa. Antes de lanzarse al examen de las clases ricas y nobles, leyó las novelas del gran escritor Marcel Proust, el terrible retratista, tan irónico, de nuestra gente "de sangre azul". Reyes se dejó convidar en algunos salones muy aristocráticos y sacó de estas experiencias exactamente las mismas conclusiones que Marcel Proust. Los aristócratas franceses eran hombres fríos, artificiales, embuidos de tabús sociales.

En las clases burguesas, la estricta jerarquía que reinaba antes de la guerra se había humanizado un poco, efecto, sin duda, de las reuniones de todos los vecinos en las bodegas, durante los bombardeos. La guerra había llevado a estas consecuencias.

Don Alfonso observaba la aparición de un nuevo tipo de francesas: letradas hermosas o, por lo menos, agradables, inteligentes, emancipadas, independientes, a veces solteras: mujeres que le inspiraron a menudo simpatía, amistad, entre las cuales sobresalen:

- la famosa librería Adrienne Monnier
- Mathilde Pomés, poeta, hispanizante famosa, excelente traductora de los versos de Reyes.
- Marcelle Auclair, hermosa novelista y periodista.

Con los artistas de París, don Alfonso se encontraba siempre a gusto. Sus modelos eran unas mujeres hermosísimas. Pero sus amigos cubistas habían cambiado: admitidos por todos, ya casi clásicos, se habían enriquecido, vivían de un modo muy burgués.

Reyes compartió algunas "noches de charla encantadora", según su propia expresión, con sus amigos escritores, todos hombres refinados, de una sencillez muy nueva y muy moderna, de vasta inteligencia y cultura pero que, a calidad de buenos franceses, no desdeñaban las delicias de las mejores mesas de la capital. Otra clase nueva que le era también muy simpática era la de los aviadores, héroes de los tiempos modernos, audaces y deportivos.

Hubo, sin embargo, una clase de la sociedad francesa que le pareció muy antipática: la de los políticos. ¡Cuántas veces subió don Alfonso a esta tribuna de nuestra Cámara de Diputados y que se reserva al Cuerpo Diplomático! Desde allí asistía, como desde el palco de un teatro, a esta vida política francesa tan complicada. Comparaba a ciertos ministros demasiado hábiles con unos magos o prestidigitadores. Muchos eran venales, o insulsos, o vulgares. El único político que le inspiró simpatía y hasta admiración fue Aristide Briand, y sus colaboradores del Quai d'Orsay. Este ministro de Relaciones Exteriores, lo mismo que Reyes, era un conciliador, un Apóstol de la Paz, también persuadido que la guerra no resuelve ningún problema: antes los hace más difíciles de resolver. ®

Los franceses, siempre apegados a sus bienes, se negaban a pagar los impuestos hechos necesarios por las ruinas de la guerra. No habían protestado tanto para ir a morir en los campos de batalla. "Sablazos, que no alfilerazos", decía Reyes.

Don Alfonso se alejó rápidamente de Francia; más, no por eso, desde lejos, cesó de observar la psicología francesa y de meditar sobre ella. En Río de Janeiro,

recibió la visita de su amigo Paul Morand, abundante y elegante escritor, el cual le confirmó en la idea de que existían ya otros tipos de franceses. Paul Morand perfeccionaba la clase de franceses anunciada por Valery Larbaud. Morand viajaba, hablaba perfectamente el inglés, no llevaba condecoraciones, conocía bastante bien la geografía, no se contentaba con mundanidades cuando visitaba un país. Y ¡en fin un francés bien vestido! con una raya impecable del pantalón, lo que Reyes veía como una institución nacional en Argentina.

Entre 1940 y 1944, don Alfonso siguió, desde México, la transformación de grupos importantes de franceses. Otra vez, este pueblo, al parecer frívolo, se alzaba hasta el heroísmo. A los franceses de "La Francia Libre", Reyes expresó varias veces su simpatía. Con los años, consignó en sus *Burlas veras* sus recuerdos más preciosos de París. Alfonso Reyes veía más claramente, entonces, los defectos y las cualidades del pueblo francés:

- Los franceses tenían un patriotismo un poco ruidoso pero simpático.
- Simpática era también su tendencia a comer tanto pero tan bien.
- De toda simpatía era la coquetería sin límites de las francesas.
- Se recordaba nuestra cortesía un poco desentendida; el ardor francés excesivamente rápido para lanzarse a las empresas difíciles, sin formalismo pero sin precauciones.
- El defecto mayor de las francesas, sin embargo, podía ser el egoísmo, la hospitalidad mezquina, la falta de compasión o de caridad, quizá por exceso de cerebración.

Pero, por otra parte, los franceses sacaban provecho de sus mismos defectos: su espíritu ávido de claridad hacía de ellos los maestros de dibujo para todos los pueblos del mundo.

También los eruditos franceses merecían especial respeto, a los ojos de Reyes, eruditos como Raymond Foulché-Delbosc y Victor Bérard. Don Alfonso nos hacía el honor de pensar que los hispanistas franceses, como Marcel Bataillon, eran los mejores del mundo. A veces, nuestros traductores también eran excelentes en su minuciosidad. Marius André, en presencia de Reyes, ponía todos sus esfuerzos en encontrar la palabra exacta o el giro más conveniente, como si el destino del planeta colgara de la traducción de un verso de Góngora.

Verdad es que nacía un tipo de francés nuevo, con corazón más tierno, sin perder por eso sus cualidades intelectuales. Cuando don Alfonso se encontraba con esta "perla", o sea un escritor francés accesible a la bondad y al altruismo, entonces se hacía amigo de él: Valery Larbaud, Saint John-Perse, Jean Cassou, Mathilde Pomés, formaban parte de esta clase feliz. Otros franceses supieron entender a su amigo Alfonso. Recientemente, el profesor Etiemble me confiaba cómo, en 1959, había dado vuelta al continente americano a fin de pasar por México y abrazar a don Alfonso muy enfermo, por última vez. Marcel Bataillon, la más excelsa figura de los hispanistas franceses, una semana antes de desaparecer, en 1977, me hablaba todavía de su gran amigo mexicano, con una ternura indecible, con una inmensa admiración, con una emoción incontinente.

Durante pocos minutos, pude tener entre mis manos el *Diario* inédito de Alfonso Reyes. Se me ocurrió buscar la fecha correspondiente a la liberación de París, el 23 de agosto de 1944. No me había equivocado. El diario de Reyes interrumpía su curso para dar lugar

a enormes letras mayúsculas, escritas en toda la página, y que decían: "PARIS CONQUISTADA". Pocas horas después, Reyes escribía su importante texto titulado "La liberación de París", recogido en *Los trabajos y los días*:

"Sin la presencia catalítica del espíritu francés, tememos que el mundo pierda algo. Francia ha sido la maestra de dibujo entre las naciones. Mucho esperamos de Francia, por ella misma y por nosotros. Confiamos en sus claros destinos... para que no se pierda, en la historia, una de las realizaciones más altas y fascinadoras de la especie; mas también para que Francia siga inspirando, con su mente, nuestro camino vacilante. Todos están convencidos de la eminente e incomparable contribución de Francia al desarrollo del espíritu humano en los diversos órdenes de la libertad y de la cultura, dos ideas que casi se confunden".

Se puede resumir, pues, así, la opinión de Alfonso Reyes sobre mis compatriotas: con algunas restricciones sobre la psicología del tipo francés, en general, y sobre la actitud del pueblo francés en algunos acontecimientos históricos, por ejemplo en la primera parte del Siglo XIX. Pero Reyes experimentaba un gran respeto para las mayores figuras de nuestras letras, de la historia o de la política francesas. Su admiración no conocía límites ni reticencias sobre: la belleza de Francia; la calidad de la vida en Francia, y, ante todo, sobre la lengua francesa, y *París*.

Quisiera leerles, no sin emoción, las líneas que me parecen traducir mejor el cariño que nos tenía Reyes. Primero, hablando de París:

"Siempre se está cerca de París, aunque se esté lejos. Envuelto en su turbante de niebla o temblo-

roso en el sol cernido por sus frondas, lanza desde la cara de sus monumentos aquellos inconfundibles reflejos de plata y de carbón, y nos acaricia en su aire tónico que tanto se parece al alma ¡Oh patria común, tierra de todos! Se le ama como a una mujer, con las lágrimas en los ojos, con las sienes sobresaltadas". (1)

Y sobre el espíritu francés y la misión de Francia en el mundo:

"Nadie trabaja para todo el mundo más que el pensamiento francés; en ninguna parte como aquí se da a las ideas o a las cosas ese bautismo que les hace simpáticas o accesibles a todos los pueblos". (2)

1. En "Liberación de París": O.C., t.X, p.420.
2. En *Crónica de Francia*, t.II, p.27

Alfonso Reyes y sus Amigos

Escritores Franceses

Alfonso Reyes era en el alma un *coleccionista*.

Y la colección que le gustó más reunir fue la colección de sonrisas y de amistades. Pero, coleccionar amistades es particularmente difícil. Además, hay que escoger bien. Entre el gran número de escritores franceses con quien trató don Alfonso, antes de venir a Francia y, sobre todo, cuando vivió entre nosotros, supo amistarse con "escritores muy escogidos".

En realidad, conoció a toda la "élite" francesa de su tiempo, entre los poetas, escritores, universitarios. En este conjunto, se pueden incluir también los nombres de Bergson, Jean Sarrailh, Paul Hazard, Jean Cassou, Mathilde Pomés, Adrienne Monnier, Henri de Montherlant, Marcelle Auclair...

Quisiera evocar, por ahora, las figuras de tres escritores: *Valery Larbaud*, *Jules Supervielle*, *Jules Romains*, los cuales se destacan netamente entre las amistades del coleccionista don Alfonso.

VALERY LARBAUD. Ya, en España, durante los años de la primera guerra mundial, tenía Alfonso Reyes muy buenas razones de desear conocer a Valery Larbaud. Justo antes de la guerra, había publicado Larbaud un libro bastante extraordinario, titulado *Barnabooth*, un cuento, un diario íntimo y versos.

En *Barnabooth*, los espíritus avisados como don Alfonso veían ya uno de los primeros libros de nuestro tiempo, un libro mundial, por su anticipación y su maestría. Nos introduce Larbaud en las intimidades de

un inolvidable millonario, yagabundo e idealista, verdadero don Quijote moderno. Este Barnabooth junta en sí todas las grandezas y baratijas humanas, viene a ser una verdadera síntesis del hombre moderno: Barnabooth es hijo de yanquis, pero nacido en Arequipa, criado en Rusia, educado en cinco lenguas diferentes, y lector de todas las literaturas; de modo que se halla privado de patria definitiva. Se siente compatriota de todos. Y finalmente, este diario íntimo llama a la amistad sencilla entre los pueblos modernos. Ya que los descubrimientos modernos reducen el tiempo y el espacio, todos los hombres tienen que conocerse mejor y amarse más. En cuanto a los versos de *Barnabooth*, eran muy nuevos, musicales sin elocuencia con una sonrisa humorística a la manera de Jules Laforgue, este escritor franco-uruguayo también muy leído por Alfonso Reyes. Estos versos cantaban la poesía del viaje, de los grandes trenes de lujo, de las noches en los barcos trasatlánticos.

Pero quizá, más que el inmenso *Barnabooth*, otra obra de Larbaud había llamado la atención de don Alfonso: era una finísima novela titulada *Fermina Márquez*, porque el héroe principal es, precisamente, *regiomontano*. La novela, en parte autobiográfica, es el relato poético de la vida de un colegio de los alrededores de París. En un colegio semejante había vivido Larbaud parte de su juventud. Entre los muchachos, hay bastantes hispanoamericanos, venidos aquí para terminar su educación. Larbaud analiza con acierto la psicología de los americanos, su acento heróico al pronunciar "Nosotros los americanos", y sabe caracterizar perfectamente los orígenes peruanos, ecuatorianos o mexicanos de los pensionistas. Y un buen día, se abre la puerta del colegio, pasa al patio de recreo una hermosa colombiana, Fermina Márquez, hermana de un joven alumno. Naturalmente todos en seguida, se enamoran de ella. Y entre los que intentan hablarle, se

destaca, por su audacia, su elegancia, precisamente, un muchacho regiomontano, Santos Iturria. Dice Larbaud que era hijo de un general, y también que este general había sido ministro de guerra. Excusado es decir hasta qué punto esta magnífica figura regiomontana interesó a don Alfonso: parecía salir realmente de su familia. Dice textualmente Larbaud:

“... en él, en Santos Iturria, de Monterrey, no había nada absolutamente de un vulgar y grosero advenedizo americano, de un ‘gachupín’ ... él... dominaba por la fuerza y la palabra a nuestro reducido grupo.

... Me dijo él que a su padre le habían hecho ministro de guerra allí en su país, en México. No me extraña: eran gente distinguida aquellos Iturria, y de una inteligencia... Hombres así necesitaríamos hoy en Francia”.

Debo decir que, ni Larbaud, ni Reyes, aún en su epistolario, se han explicado claramente sobre quién había podido ser el modelo de Santos Iturria. Tengo mis ideas a este respecto, pero confieso que no son nada más que hipótesis.

En España, en 1914, Alfonso Reyes se hizo muy amigo del escritor español Enrique Díez-Canedo, el cual se hallaba ya relacionado con Larbaud, y hasta había publicado una hermosa traducción de *Fermina Márquez*. Además, Larbaud era conocido por sus traducciones del inglés, especialmente de Chesterton. Reyes también se interesaba por este novelista británico. En Madrid, publicó la traducción de varias novelas de Chesterton.

De modo que, impulsado por tantas coincidencias, Alfonso Reyes, en 1923, se decidió a escribir a Larbaud. Este contestó con la mayor atención y, poco tiempo después, se fue a Madrid para leer unas confe-

rencias en el *Instituto francés*. Así, pudieron encontrarse personalmente los dos escritores, así empezó una amistad que duraría hasta la muerte.

Larbaud celebró con una fiesta la llegada de don Alfonso como ministro de la legación mexicana en París, a fines del 24. En un artículo importante, explicó al público francés el sentido y la importancia de esta nominación:

“La nación mexicana nos manda, para representarle oficialmente en París uno de sus jóvenes escritores más distinguidos, Alfonso Reyes — hermoso regalo que parece hacer, en esta entrada de año, a todos los literatos franceses, el país que tiene como emblema el águila, vencedor de la serpiente, y erguida en el nopal”.

Las páginas de Larbaud contienen luego una frase que se hizo famosa entre los admiradores de Alfonso Reyes:

“Indudablemente, un estudio metódico de las letras mexicanas de hoy tendrá que empezar por el estudio de la obra, ya considerable, de Alfonso Reyes... obra de poeta, esencialmente, pero de erudito también. Alfonso Reyes se ha hecho el intérprete de la vida americana en Europa, y de la vida europea en América, y eso sin dejar jamás de ser específicamente mexicano”.

Larbaud pensaba que la serie de *Simpatías y diferencias* contenía el examen del dominio hispanoamericano contemporáneo. *Visión de Anáhuac* era para él un verdadero poema mexicano, un “gran poema de colores, de hombres, de monumentos y riquezas amontonadas” y concluía su largo artículo de bienvenida ofreciendo flores al poeta, aludiendo a la importancia del tema de la flor en la lírica prehispánica.

Los dos escritores, Valery Larbaud y Alfonso Reyes, se vieron frecuentemente en París, por lo menos cuando estaba Valery, muy aficionado a los viajes. Gustaban de reunirse en mesas íntimas, con amigos de lengua española, o que sabían el español, como Jules Supervielle, Jean Casou, Francis de Miomandre, y a veces con Miguel de Unamuno desterrado. Valery Larbaud era de una sencillez refinada y conocía los mejores templos de la gastronomía francesa. Don Alfonso se encantaba de estas noches de charla donde los recuerdos y proyectos literarios acompañaban a los mejores vinos y a las especialidades francesas. Los dos amigos solían cambiar sus libros; se presentaron mutuamente a sus conocidos. Don Alfonso regaló a Larbaud varios recuerdos mexicanos, un sarape de Saltillo explicándole cómo

“El sarape viene a ser jorongo,
abriéndole bocamanga”

Larbaud saboreaba los americanismos y los refranes, y todas las precisiones sobre la vida americana, y particularmente regiomontana, en recuerdo de su héroe, Santos Iturria.

Me encontré, en la Biblioteca Municipal de Vichy, con los libros de arte mexicano, ofrecidos a Larbaud por Alfonso Reyes. El escritor francés les había hecho encuadernar con pieles de los colores de la bandera mexicana.

Por amistad, don Alfonso se dejó contaminar por el microbio de una colección de soldados de plomo, por la que se apasionaba Larbaud. Reyes pudo proporcionar a su amigo muchos informes para la pintura de los mínimos detalles en los uniformes mexicanos. De modo que la misma colección de diminutas figuras se encuentran en Vichy y en México. Recientemente, en una exposición dedicada a Valery Larbaud, en la Bi-

blioteca Nacional de París, noté un desfile de soldados con los uniformes de la Marina mexicana, pintados gracias a las indicaciones de Alfonso Reyes.

Don Alfonso puso en contacto a Larbaud con sus compatriotas Jaime Torres Bodet y José María González de Mendoza. Larbaud introdujo a Alfonso Reyes en las editoriales francesas, en la prestigiosa Gallimard. Así, por mediación de Larbaud, *Visión de Anáhuac*, en traducción francesa, se publicó en la célebre colección “une oeuvre, un portrait”, “Una obra, un retrato”.

Valery Larbaud lamentó la salida rápida de Reyes, en marzo de 1927. Pero siguieron intercambiando impresiones, en unas interesantes cartas. Don Alfonso, desde Buenos Aires y Río, pintaba la vida literaria de estas capitales. Larbaud recibió regularmente la revista *Monterrey*; en un número de su revista, Alfonso Reyes presentó la caricatura de Larbaud, hecha por Toño Salazar. Larbaud apreció mucha *El testimonio de Juan Peña*:

“Gracias a su obra, he tenido por primera vez la experiencia del contacto con el indio mexicano, con el problema del indio. Sólo el verdadero escritor puede establecer este contacto. Unos libros enteros me hubieran dicho menos, a este respecto, que la descripción poética que V. hace, con sus recuerdos resucitados”.

También quedaba encantado con *La Saeta*, “Admirable poema en prosa”, que supo darle “una violenta nostalgia de España, llamar unos recuerdos tan intensos que resultaban casi dolorosos”. Larbaud solía recitarse esta hermosura, saboreando las frases acompañadas de Reyes. Al terminar, se sentía abandonado en un silencio donde resonaban todavía las saetas surgidas por el texto musical.

Otro escrito de Reyes, *Discurso por Virgilio*, llamó la atención de Larbaud, el cual era un gran admirador de la cultura de la antigua Roma: el texto magnífico de Alfonso Reyes se proponía actualizar esta antigüedad, o sea aplicar al mundo moderno los versos y las ideas de la epopeya latina.

Valery Larbaud, siempre tan viajero, se encontraba en Roma, en 1929, cuando recibió de don Alfonso, como un regalo precioso y personal, un poema inédito, *Yerbas de Tarahumara*, grandioso en su sobriedad. Inmediatamente, Larbaud tuvo la idea de traducirlo al francés. El poema, dice, perfumaba sus días, con la fragancia de estas yerbas. Era esta traducción un ejercicio verdaderamente difícil, y don Valerio tuvo que encerrarse en las bibliotecas vaticanas, ayudándose de todos los diccionarios para proponer una traducción de los nombres de esas yerbas. Su traducción se publicó rápidamente en una revista muy lujosa de París, *Commerce*. Reyes recibió el texto francés de su poema con mucha curiosidad. A pesar de algunos tropiezos técnicos, Larbaud le reveló el sentido de ciertos nombres de yerba mexicana, que él empleaba sin darse cuenta cabal de su etimología. Así descubrió que la *Sangre de grado* significa en realidad *sangre de drago*, o sea de dragón.

El hermoso carteo, lo interrumpió el accidente cerebral que dejó a Larbaud paralizado en 1935. Sin embargo, tuvo la fuerza de dictar, años después, una última carta destinada a Reyes para darle el permiso de publicar sus cartas. Le decía la alegría que le causaba este proyecto de don Alfonso..., proyecto que sólo se pudo llevar a cabo en 1972.

JULES ROMAINS. Jules Romains era muy diferente, oriundo de las ásperas regiones del centro de Francia. Era un luchador vigoroso. Su obra poética marca una fecha en la historia de las letras francesas;

sus comedias, como *Knock*, son célebres y escribió un número impresionante de novelas inmensas.

Yo fui a visitarle. Este hombre frío, oyendo el nombre de Alfonso Reyes, me abrió su puerta y sus recuerdos. ¡Su amistad para don Alfonso databa de tantos años! Remontaba a los tiempos madrileños, cuando Alfonso Reyes y Martín Luiz Guzmán inventaban en Madrid la crítica cinematográfica en lengua española. En un artículo para la revista madrileña, *España*, comentaron un cuento muy divertido que Jules Romains acababa de dar al cine. Este cuento se llamaba *Donogoo - Tonka*. Era la historia de un sabio profesor francés candidato a un sillón en la Academia; pero, desgraciadamente, se había equivocado en un detalle en una enorme *Geografía universal* que acababa de publicar: había localizado en Brasil una ciudad que no existía, Donogoo-Tonka. Siempre los franceses, hasta los más eruditos, han tenido dificultades con la geografía, especialmente con la geografía de la América latina... no importa, dijeron unos amigos suyos. Tenemos que ir a Brasil para fundar tal ciudad. Y se van a América, y después de mucho andar, un buen día, se pararon en medio de un imaginado desierto brasileño, hincando un palo en el suelo con un letrero que decía: Donogoo-Tonka. Así fundaron esta ciudad, así se borró el error del profesor, y éste pudo ser elegido sin dificultad a la Academia. Se termina el cuento por la apoteosis de un banquete opíparo y muy francés.

Jules Romains quiso conocer al excelente crítico de su obra, en Madrid. Se encontraron otra vez en París, en 1923. Alfonso Reyes contó cómo esos primeros diálogos fueron difíciles; fumaban pipas recalcitrantes que no querían encender o se apagaban a las pocas fumadas. Pero los conocedores saben que el fuego tardo y díscolo es el que a la postre prende mejor. "De entonces acá, decía, nuestras pipas arden parejas, como dos pequeños fanales que se contestan".

Cuando Reyes fue nombrado ministro en París, Jules Romains le convidó a su casa y al estreno de sus comedias. Se encontraban en la librería de Adrienne Monnier, la *Casa de los amigos de los libros*, —tienda divina—, la cual era entonces el mejor salón literario. Jules Romains y su esposa Gabriela fueron los convidados de Alfonso Reyes, en el agradable comedor del hotelito de la calle Cortambert. Don Alfonso les reunía con el mexicano Angel Zárraga, pintor y poeta, y gran admirador de Jules Romains.

Pienso que hubo influencias recíprocas entre las obras de Reyes y de Romains. *El testimonio de Juan Peña* se acuerda quizá de una obra célebre de la juventud de Romains, *Les copains*, "Los amigos". En cambio, en algunos tomos de *Los hombres de buena voluntad*, de Jules Romains, creo percibir el recuerdo del *Landrú Opereta* de Alfonso Reyes, en la interpretación humorística del célebre criminal francés.

En 1936, Jules Romains, con otros escritores franceses, como George Duhamel, Jules Supervielle, Benjamin Crémieux, se fue a Buenos Aires donde se organizaban dos congresos: el del *Pen-Club*, de cuya asociación Jules Romains fue presidente internacional, y otro del Instituto Internacional de Cooperación Intelectual, emanación de la Sociedad de las Naciones, y preludio a la Unesco. En estas reuniones, en Buenos Aires, hubo discusiones difíciles sobre el porvenir de la cultura en el mundo. Todos presentían la inminencia de la guerra.

Durante el segundo conflicto mundial, Jules Romains y su esposa Lisa se refugiaron en México. Don Alfonso y doña Manuela hicieron lo posible para aliviar su exilio. Así pudo el maestro francés acabar su obra, en el Distrito Federal, escribiendo los siete últimos tomos de los *Hombres de buena voluntad*. Jules Romains escribió también en México un cuento admirable, *Nomentano el refugiado*. La obra iba dedicada a

Alfonso Reyes, el cual la tradujo al español. Este cuento se pasa en los primeros siglos del cristianismo, en un ambiente todavía clásico y transparente. Las órdenes no se habían organizado aún. Un sacerdote, gran figura serena, tiene que refugiarse a otro convento. Su filosofía puede parecer epicúrea, matizada de un escepticismo sonriente: asombra a todos los monjes, ya atraídos por una regla estricta. Nomentano había inventado la filosofía de Montaigne, que fue la de Jules Romains, y, quizá, la del mismo Alfonso Reyes. Mejor valía asentir a las exigencias del cuerpo, sin darles mucha importancia; si no, el cuerpo pudiera venir a tiranizarnos. La superioridad de un espíritu, según el humorista Jules Romains, se revelaba en esta aceptación de la humana condición.

Terminada la guerra, Jules Romains decidió volver a Francia. Alfonso Reyes reunió entonces a los mejores escritores mexicanos alrededor del maestro francés para celebrarlo en un banquete. Don Alfonso leyó en esta ocasión unos comentarios sobre Jules Romains que figuran entre los mejores que se dedicaron a su obra.

Quisiera terminar la evocación de esta amistad, traduciendo las líneas que Jules Romains mandó para el *Libro Jubilar* de Alfonso Reyes:

"Mensaje de Jules Romains"

Cuando trato de representarme, con los colores familiares de la vida, lo que era un gran humanista del siglo XVI, son la imagen, la mirada, la voz, la sonrisa, la risa de Alfonso Reyes las que, progresivamente, me aparecen. Del gran humanista, a la verdad, lo tiene todo: la erudición inmensa, el apetito infatigable de cuanto nutre al espíritu, la sutileza exquisita del estilo, este surtir continuo de las ideas; y lo que tiene más precio,

porque quedan pocos ejemplos, la libertad del pensamiento, en el sentido total de estas palabras. Vivimos rodeados, solicitados, sitiados por todas las clases de fanatismos. El diálogo con la mayoría de nuestros contemporáneos, aún ilustres, es inoperante, sin interés, porque sabemos de antemano lo que van a decirnos, o más bien lo que la máquina automática de su dogmatismo va a dejar caer”.

Luego, alude Jules Romains a la vida de don Alfonso, en que todo se hallaba sometido al trabajo y al pensamiento. Ofrecía el francés su homenaje al “querido México”, donde había recibido tantas amistades, las cuales suavizaron su destierro, permitiéndole, en un clima de benevolencia cotidiana la realización de la última parte de su obra principal. Y seguía:

“Por eso, algunas cenas o meriendas con Alfonso, Manuelita y mi esposa... seguidas por una charla filosófica, figuran entre los recuerdos de mi vida más deleitosos, y cuyo poder radiante se atenuó menos”.

JULES SUPERVIELLE. El poeta Jules Supervielle era franco-uruguayo. Descendía de una familia francesa emigrada a Uruguay. El compartía su vida entre Francia y América, escribiendo en francés aunque sobre temas esencialmente americanos.

Julio y Alfonso se vieron por primera vez en París, en 1913, en las reuniones amistosas que organizaba el catedrático de español de la Sorbona, Ernest Matinèche. Este se había entusiasmado por la América Latina desde 1910, año en que había viajado por la Argentina, Chile y México. Hizo mucho para desarrollar las relaciones culturales entre Francia y las repúblicas del Nuevo Mundo.

Pero la verdadera amistad nació entre Jules Supervielle y Alfonso Reyes cuando éste vino a París para encargarse de la legación de México. Ya *Los dos caminos* de Reyes habían encantado a Supervielle. En París, se veían diariamente. Doña Manuela era muy amiga de Pilar, la esposa uruguaya de Julio. Alfonso Reyes y su esposa acogieron varias veces en su casa a la pareja Supervielle, junto con escritores célebres: Benjamín Crémieux, Jean Cassou, Marcelle Auclair, León Pacheco y, pronto, José Vasconcelos. Supervielle convidaba a sus amigos mexicanos en su casa muy hermosa y adornada con cuadros de los mejores pintores. Supervielle, rico pero cardíaco, llevaba una existencia muy familiar, que respondía a sus preferencias y a las exigencias de su salud. Era hombre cortés, cariñoso, ameno; vivía entre sus libros y sus hijos, lejos del mundanal ruido, dedicándose a su obra de poeta y a unos amigos muy escogidos. Don Alfonso miraba, conmovido, a este gran poeta de la lengua francesa, rodeado de su familia —cinco hijos e hijas hermosos bajo la lámpara familiar—.

Les gustaba a Julio y a Alfonso pasearse juntos por los bulevares céntricos de París. Las calles más bellas vieron pasar a menudo sus siluetas tan desiguales, porque era Supervielle un hombre inmenso y como entorpecido por las dimensiones de sus brazos y piernas.

Contó Reyes cómo se sentaban en un bar de la rue Saint-Honoré y se leían recíprocamente los versos, escritos en muchos papelitos que llevaban en los bolsillos.

De aquella luminosa época de 1925, data el poema precioso que Supervielle dedicó a Alfonso Reyes en su libro *Gravitations*. Se trata de un poema largo y lleno de alusiones e impresiones marinas, cuando cruzaban el mar para ir o venir de América. A los dos poetas les encantaba soñar en el océano, imaginando la vida de

las aguas profundas, sus colores, las inmensidades de los suelos submarinos que quizá se parecían a la pampa.

Cuando se fue don Alfonso a París, Julio Supervielle le tradujo al francés el famoso poema que Reyes había dedicado a Amado Nervo, y en que evocaba el silencio y luego la muerte del gran poeta mexicano. La traducción de Supervielle, inmejorable, es sin duda la expresión de una admiración común por Amado Nervo, y quizá el testimonio de una concepción común de la muerte.

Los dos amigos se encontraron otras veces, en Montevideo, durante una visita que hizo don Alfonso Reyes a Uruguay, y luego en Río de Janeiro, cuando dirigía Reyes la embajada de México. Paseándose por las calles de Río, cambiaron unas reflexiones muy divertidas que don Alfonso apuntó en sus recuerdos. Paseaban serenamente en la rúa Paysandú, entre las más bellas del mundo porque está flanqueada por altas palmeras reales, y que baja directamente hasta la orilla del mar. A don Alfonso le parecía Julio como "una jirafa de la literatura, o una Torre Eiffel en marcha". Y Supervielle dejó caer de repente, desde su eminencia, esta exclamación: "¡Qué agradable es sentirse acariciar el rostro por las hojas de las palmeras". Desconcertado, don Alfonso le respondió:

— ¡Ay!, es un placer que me está vedado!

Y Supervielle, protector y afable, le dijo:

— Pero también ha de ser encantador sentirse acariciado por los helechos.

Alfonso Reyes mandó la anécdota a otro amigo de París, Francis de Miomandre, el cual la publicó en seguida en *Les Nouvelles littéraires*, revista muy leída.



Biblioteca Central
Magna Solidaridad

El epistolario que conservamos de esta amistad Reyes-Supervielle es muy incompleto. Desgraciadamente se perdieron las cartas de Reyes, o por lo menos, no se han encontrado todavía en los archivos familiares de los Supervielle. Pero, por lo menos, poseemos las cartas (21) de Supervielle dirigidas a Reyes. Este conjunto forma un elogio maravilloso de la obra alfonsina. Por ejemplo, el 11 de mayo de 1925, escribía Supervielle:

"Gracias a Dios, quien hace bien las cosas cuando el hombre vale la pena, la parte del misterio parece en Ud. tan intensa como la claridad. Y siempre este relato inesperado, con atrevimientos tan bien trenzados juntos... Si miramos la carretera recorrida, vemos que V. ha sido el guía perfecto... Y esta sonrisa que crea y que fertiliza. El lector se aleja de V. con los bolsillos colmados de regalos. Y no todos se ven".

El 10. de junio de 1925, Supervielle decía, acerca del *Cazador*:

"Gran cuentista Ud. Y aprecio que en Ud. el poeta no se duerme jamás, hasta en los trozos que pudieran confiarse al prosista. Tres personas vigilan siempre en las obras de V.: el pensador, el amigo y el poeta, Ud. es el amigo más seguro para el lector, y siempre dispuesto a favorecer la mejor parte de nosotros".

El 10. de septiembre del 26, Supervielle acaba de recibir *Pausa* y agradece así a don Alfonso:

"*Pausa* se ha apoderado de mi memoria y ahora se divierte con ella. El poeta ya no se presenta aquí como en *Ifigenia cruel*, divinamente armado.

Ha dejado arrinconados la lanza, la coraza y el casco. Para las confesiones, parece inútil el acero. Una lluvia de flechas nos alcanza el corazón, para conmoverlo, ya no para herirlo. Estoy feliz de conocerle a Ud. humano, después de "deshumanizado"... Es Ud. un poeta magnífico. Uno se enorgullece de ser su amigo".

En diciembre de 1931, Supervielle recibe los casi sonetos, *La Saeta* y el *Discurso por Virgilio*:

"Puede hacer lo que quiera. V. es un escritor nacido para encantar a sus amigos y ganarse otros, cada día más. Todos los géneros le son familiares. Y las palabras hechas de resuellos ale-
tean en torno a las sienes..."

Sus libros son particularmente amistosos. En ellos reina la admirable complicidad del escritor y del lector, son libros de humanidad que sólo podían ser suyos, pero se atan al hombre por lo divino que hay en cada uno de nosotros, y que Ud. sabe suscitar o resucitar.

En fin, hay que leer las últimas líneas que mandaba Supervielle envejecido a su amigo mexicano muy enfermo:

"Le leo lentamente, otra vez, con voluptuosidad, en sus Obras Completas —lo mismo que Rubén Darío es V. un poeta maravillosamente sensual. Cada frase pasa por sus labios antes de pasar a su pluma omnisciente..."

Valery Larbaud, Jules Romains, Jules Supervielle... Escritores famosos, todos amigos y admiradores de Alfonso Reyes. Hubiera podido hablar de otros muchos, y en particular del gran Paul Valery... pero, hoy, no quiero abusar más de su paciencia. Muchas gracias.

INDICE

Nota previa	7
Alfonso Reyes y Francia	9
La imagen de Francia y de los franceses en los escritos de Alfonso Reyes	24
Alfonso Reyes y sus amigos escritores franceses	38

Ha dejado arrinconados la lanza, la coraza y el casco. Para las confesiones, parece inútil el acero. Una lluvia de flechas nos alcanza el corazón, para conmoverlo, ya no para herirlo. Estoy feliz de conocerle a Ud. humano, después de "deshumanizado"... Es Ud. un poeta magnífico. Uno se enorgullece de ser su amigo".

En diciembre de 1931, Supervielle recibe los casi sonetos, *La Saeta* y el *Discurso por Virgilio*:

"Puede hacer lo que quiera. V. es un escritor nacido para encantar a sus amigos y ganarse otros, cada día más. Todos los géneros le son familiares. Y las palabras hechas de resuellos aleatan en torno a las sienes..."

Sus libros son particularmente amistosos. En ellos reina la admirable complicidad del escritor y del lector, son libros de humanidad que sólo podían ser suyos, pero se atan al hombre por lo divino que hay en cada uno de nosotros, y que Ud. sabe suscitar o resucitar.

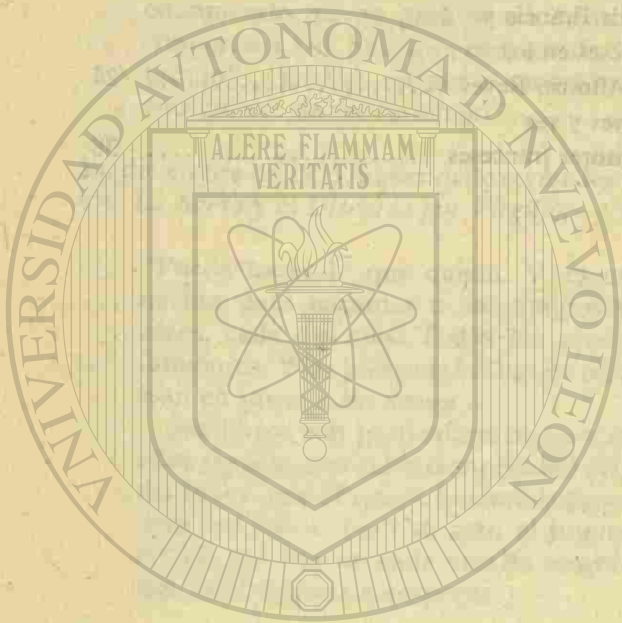
En fin, hay que leer las últimas líneas que mandaba Supervielle envejecido a su amigo mexicano muy enfermo:

"Le leo lentamente, otra vez, con voluptuosidad, en sus Obras Completas —lo mismo que Rubén Darío es V. un poeta maravillosamente sensual. Cada frase pasa por sus labios antes de pasar a su pluma omnisciente..."

Valery Larbaud, Jules Romains, Jules Supervielle... Escritores famosos, todos amigos y admiradores de Alfonso Reyes. Hubiera podido hablar de otros muchos, y en particular del gran Paul Valery... pero, hoy, no quiero abusar más de su paciencia. Muchas gracias.

INDICE

Nota previa	7
Alfonso Reyes y Francia	9
La imagen de Francia y de los franceses en los escritos de Alfonso Reyes	24
Alfonso Reyes y sus amigos escritores franceses	38



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DR. ALFREDO PIÑEYRO LOPEZ

Rector

ING. OREL DARIO GARCIA RODRIGUEZ

Secretario General

LIC. PORFIRIO TAMEZ SOLIS

Director de la Capilla Alfonsina

Biblioteca Universitaria





UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PO
L
Z
C



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria